

Curriculum vitae

Juan Diego González Sanz

Enséñanos a calcular nuestros años, para
que adquiramos un corazón sensato.

Salmo 90, 12

Un currículum es un texto extraño.

Habitualmente se escribe pensando más en el futuro que en el pasado pues, casi siempre, tiene como destinatario a alguien que puede abrir una puerta a un porvenir diferente, a un espacio y tiempo nuevos de los que el autor del currículum quiere participar. Ahora bien, como si esa puerta fuera estrecha y al futuro deseado no pudieran acceder todos los que lo anhelan, quien escribe un currículum pone mucha atención en su forma y contenido. La primera responde más a modas y estilos que varían con los años; sin embargo, el segundo está ligado con fuerza a la propia historia, a lo vivido y, en especial, a los hechos protagonizados, de una u otra manera. ¿Cuál de estos hechos hará merecedor al aspirante de conseguir la *venia* del guardián de la puerta? ¿Conviene registrarlo todo o sería mejor dejar fuera, evitar la escritura de algunos episodios del pasado?

En este caso, el futuro al que apunta este currículum es el de la amistad: el crecimiento a lo ancho, a lo alto y hacia lo profundo, de la amistad que me une a personas de aquí y allá, cercanas y lejanas, conocidas y aún desconocidas, vivas y muertas, con las que quiero compartir el tiempo que me queda. Un tiempo para el que tengo un único objetivo: continuar mi búsqueda de la verdadera sabiduría que, según la fe que he recibido, coincide con el verdadero amor: el del Dios que hizo el cielo y la tierra; que se encarnó en Jesucristo, que murió en la cruz y resucitó de entre los muertos para salvar a toda la humanidad; y que envió su Espíritu Santo para guiar a su Iglesia hasta su vuelta.

Cuando miro hacia atrás, veo que muchas de las cosas que he hecho, desde luego las más importantes, apuntaban ya a este objetivo. Primero y principal, mi matrimonio con María, del que han nacido Ignacio, Raquel, Sara, Alejandro e Inmaculada, mis cinco vías para el conocimiento de la vida y sus misterios. Pero también mis estudios de Enfermería y la especialización y el ejercicio profesional durante varios lustros como matrona. Y, en una posición nada discreta, la llegada a *La torre del Virrey*, a través de Antonio Lastra, hasta quien me llevaron el inicio de los estudios de Filosofía en la UNED y la lectura de *Walden*. Todo lo que ha venido después —aprender francés, estudiar a fondo a Michel de Certeau, tres títulos de máster, dos doctorados, decenas de

publicaciones escritas y orales, miles de horas de clase, cargos de gestión de diferentes niveles y ámbitos, la plaza de profesor titular de Universidad que ocupo desde hace algunos meses— es solo lo que ha ido quedándose adherido, lo que ha ido envolviendo, en su rodar, a ese núcleo de amistad que me ha unido en los últimos treinta años a María y Antonio.

Hoy, cuando miro adelante, me siento lleno de esperanza, y los retos que apuntan en el horizonte me parecen estimulantes, divertidos y prometedores, a pesar de su dificultad: terminar de leer mis Treinta Grandes Libros —uno de cada siglo desde hoy hasta los tiempos bíblicos y homéricos—; seguir aprendiendo griego; apoyar a cada uno de mis hijos para que vuelen libremente sobre los vientos de sus propias vidas; codirigir algunas tesis doctorales sobre los escritos platónicos; hacerme mayor con mi esposa, puliendo nuestra conversación hasta llevarla a la perfección; estudiar y traducir a Florence Nightingale; convertirme en un buen profesor de historia de la enfermería (y con la inercia del trabajo constante alcanzar una cátedra universitaria); conocer y explicar con buen tono a los aspirantes a teólogo los aspectos más relevantes de la antropología filosófica y la teodicea; disfrutar de la correspondencia y la hospitalidad de quien vive junto al agua y a la sombra de los cipreses; y, en todo momento, ayudar en lo posible a los jóvenes amigos de *La torre del Virrey*.

¿Me darán mis méritos acceso a este futuro?